

El vuelo de la garza

Marcela Guiral

Marthita sabe del niño que no tiene padres, al que todos tratan de tonto. El que pasa por su casa, con una sola chancleta color mostaza y el otro pie descalzo. Y la mira cada tarde con sus ojos redondísimos, negros y brillantes, como los carbones del fogón.

Marthita sabe de las garzas. Sus graznidos la despiertan cada mañana. Desde el corredor ve cómo se preparan para el vuelo: baten las alas lentamente, llevan el cuello curvado en forma de S hacia atrás, la cabeza y el pico sobresalen del cuerpo, y las patas, extendidas, sobrepasan la cola.

— ¡Hola, Marthita!

Es el niño bobo. Lo ve por la ventana que da frente al mar. Ese mar en el que tampoco ha nadado. Las piernas malcriadas no se mueven. Nunca se han movido.

Él le sonríe y hace piruetas para complacerla. A ella el estómago le salta. Su interior es un festejo. Ella también sonríe y con esto lo hace feliz. Ahora él se prepara para el vuelo: bate las manos lentamente. El cuello curvado en forma de S hacia atrás, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo. Las piernas, extendidas...

Miguel, el niño bobo, tiene el pecho desnudo. Sus piernas son delgadas, como de garza.

El niño huérfano se cree animal. Unos días es un perro y ladra como loco. La gente

le grita y le tira piedras para que se calle. Otros, cacarea como gallina y picotea por los jardines de las casas. Desde que sabe que a Marthita le gustan las garzas asegura poder volar y graznar. Corre con los brazos extendidos, curvado, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo. Las piernas, extendidas hacia atrás...

Si lo hace rápido, a Marthita le parece que se eleva como una garza en cacería.

— ¡Hola, Marthita!

A Miguel, el niño bobo, le ha dado por subir al cerro a toda velocidad. Hunde los pies en el pasto, hincha los pulmones, extiende los brazos y las piernas, curva el cuello, y suelta un graznido. En la cúspide, a punto de acabarse la montaña, se detiene.

Marthita ve la silueta del niño de las piernas largas en el horizonte. Sueña que es una garza enorme y que la lleva colgando del pico, lejos de su encierro. Que le enseña a caminar, a saltar, a nadar, a volar... Sonríe.

Días después, Marthita se enferma. Ni las piernas ni la cintura responden. Las ventanas y puertas están cerradas. No ha vuelto a ver las garzas ni al niño bobo, que tanto la alegra. En el pueblo no hay doctor, solo uno que va a Miratt, en el autobús, una vez al mes. Y ni todo el dinero de sus padres consigue que vaya un especialista hasta el lejano lugar para ver qué tiene.

Todo es triste.



ErreMora (Morata). Pintura digital. https://www.instagram.com/morata_studioart/

Miguel se acuesta en la playa y mira hacia la casa de Marthita. Y le canta, tratando de imitar los graznidos. Cree que lo escucha. Y ella lo escucha. Y mete las piernas flacas en el agua, solo las piernas, para sentir cómo el agua salada corre por sus dedos.

Él, al igual que Marthita, no sabe nadar.

Ni volar.

El sol lo apereza y esta vez el graznido suena apagado.

Se queda dormido.

El niño bobo sueña. Se ve como una enorme ave que se posa en el copo de un pino y las alas le crecen hasta cubrir el árbol y volverse una sombra. Desea con el alma ser una garza. Así, tal vez, no estaría tan solo.

En la casa, doña Clemencia, la madre de Marthita, llora su mala suerte. Piensa que una hija inválida es un castigo enorme que no merece. Mientras tanto, Hanu, una joven del pueblo, le hace masajes en las piernas a

la niña y le cuenta historias de princesas y piratas.

— Es la tristeza la que te hace enfermar, pequeña — asegura Hanu —. — Deberías ir a la escuela como todos los niños y salir a jugar.

— ¡No le digas esas barbaridades a Martha, jovencita! — grita doña Clemencia, que en ese momento entra a la habitación. Dice esto con el ceño fruncido y oteando por sobre sus lentes y con una camándula en las manos. — Son puras majaderías. ¡Vete de acá!

A la mañana siguiente, Marthita se siente mejor. Desea ver las garzas y al niño bobo. Su madre, después de muchas súplicas, le permite salir al corredor.

— ¡Hola, Marthita!

Allí está, como cada día, esperándola con un mango maduro de regalo.

Miguel se ha creído el sueño.

Es una garza y se prepara para el vuelo: los brazos extendidos, el cuello curvado, la cabeza y la boca sobresalen del cuerpo y las piernas, hacia atrás. Marthita se siente contenta, piensa que es la garza más enorme y que viene a su rescate.

Miguel corre por el cerro, corre con fuerza. Es una garza. Siente que se eleva. Emite un graznido.

— Soy una garza, Marthita... — dice, y grazna de nuevo —: Soy una garza, Marthita...

Está a punto de acabarse la montaña y Marthita siente miedo, mucho miedo, porque se da cuenta de que, esta vez, el niño bobo no parará. Y el abismo está cerca.

— ¡Mira, Marthita!

Ella quiere correr y detenerlo. Con sus manos, ayuda a cada pierna a estar en el piso mal empedrado. Pero las piernas malcriadas y orgullosas no se mueven. Nunca se han movido.

Cae al suelo.

Miguel sigue corriendo. No para.

— ¡Soy una garza, Marthita!

La montaña acaba.

Marthita lo mira desde el suelo. Todo le duele, en especial, el alma. Tiene miedo.

— ¡Soy una garza, Marthita!

Miguel se pierde en el horizonte.

En el cerro queda una chancla plástica, color mostaza, cubierta de arena.

Él, al igual que Marthita, no sabe nadar.

Ni volar.

Marcela Guiral. Bibliotecóloga y magíster en Educación Superior en Salud de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente, ha publicado, entre otros, los libros *¡Mira lo que trajo el mar!*, *Las mensajeras del ruiseñor*, *A mediodía llovían pájaros* y *Este legado de alas*.

El cuento "El vuelo de la garza" hace parte de la obra *¡Mira lo que trajo el mar!*

Autora: Marcela Guiral

©Panamericana Editorial Ltda.

Calle 12 N.º 34-30, Bogotá D.C. – Colombia
Tels. (57) 601 3649000